



BATALLA DE MIAHUATLÁN.

CAPITULO XXX.

Batalla de Miahuatlán.

Después de los sucesos relatados en el capítulo anterior, el General Díaz envió á su hermano Félix de regreso á la vecindad de Oaxaca, con instrucciones de amenazar la ciudad, y así impedir á las tropas imperialistas allí situadas, emprender una campaña activa contra él mismo. Se arregló entre los dos hermanos, que en caso que Félix fuera perseguido por los imperialistas de la capital del Estado, se retiraría, y entonces Porfirio amenazaría la ciudad por otro rumbo. Este plan tuvo buen resultado. Pero entre tanto, una fuerte columna al mando del General Oronoz, se puso en persecución de los liberales bajo Porfirio Díaz, los cuales se encontraban en Zimatlán. Estos últimos se retiraron y permitieron á Oronóz ocupar la población en que se encontraban. En el interín, Díaz marchó por el camino de Ejutla á las montes situados al noreste de la ciudad de Miahuatlán, donde tomó una fuerte posición, teniendo al frente el río Miahuatlán, una barranca á la izquierda y montes por todos lados.

A la retirada de las fuerzas liberales, Oronóz tomó posesión de Ejutla é hizo toda clase de preparativos con el objeto de aprovecharse de las ventajas que había ganado con motivo de la retirada de Díaz. Sus espías le habían informado, que éste último se encontraba en Miahuatlán con una fuerza muy inferior á la suya; y confiando en que obtendría la victoria, si lograba dar alcance á los liberales, se puso en camino muy temprano en la mañana del día 3 de Octubre de 1866, y haciendo marchas forzadas, llegó á la vecindad de Miahuatlán á las tres de la tarde de ese mismo día.

Cuando le informaron al General Díaz que las tropas imperialistas marchaban sobre Miahuatlán,

las fuerzas de Oronoz estaban ya casi á la vista. Los soldados liberales estaban limpiando sus armas, y los oficiales comisarios estaban inspeccionando sus respectivos departamentos. Muchos rifles habían sido desarmados y la mayor parte de los oficiales y soldados estaban á medio vestir. En la apariencia, era una fuerza tan poco preparada á dar batalla á un enemigo, como se pudiera esperar sorprender en cualquier parte, en un tiempo de campaña tan activa como la que en esos días se estaba llevando á cabo en los Estados de Oaxaca y Guerrero.

Pero apenas llegaron las noticias á los cuarteles liberales de la aproximación del enemigo á Miahuatlán, cuando el General Díaz comenzó á dar sus órdenes á los varios departamentos del pequeño ejército. A los soldados se les ordenó armar sus rifles con la mayor velocidad y prepararse para la batalla. Una oleada de excitación recorrió todo el campamento; y se vió por todos lados un apresurado armar de fusiles, atar de correas de los equipos y vestirse de oficiales y soldados. En un tiempo increíblemente corto, todos estaban listos al llamado del comandante en jefe y se recibió la orden de comenzar la retirada. La infantería, al mando del Coronel Manuel González, comenzó la retirada á lo largo del camino de Cuixtla, el cual había sido escogido á causa de la naturaleza montañosa que, mientras impedía poco la marcha de los liberales, por estar éstos acostumbrados á viajar por las montañas, donde la mayor parte de ellos había nacido y crecido, era decididamente desventajoso para los franceses y austriacos, que estaban armados y vestidos más pesadamente, y que como es natural, se veían obligados á caminar más despacio.

Pero el General Díaz no tenía intención de permitir á las fuerzas imperialistas seguir á su infantería, la cual había quedado oculta de la vista de aquellas en los tortuosos desfiladeros del camino de Miahuatlán á Cuixtla, hasta que se aseguró que su gente había puesto suficiente distancia entre sí y el enemigo, y había tenido tiempo de cumplir las órdenes que ha-

bía él dado al Coronel González. Y á ese efecto, inmediatamente tomó una de aquellas resoluciones repentinas que, en momentos de peligro, se le venían como una inspiración. Con su estado mayor y su escolta personal de treinta y ocho de á caballo, marchó rápidamente á lo largo del camino, hacia el enemigo que avanzaba, y un cuarto de hora después, había tomado posesión del monte de Los Zavaletas, como á un kilómetro al noreste de la plaza de Miahuatlán. Al pie de la ladera norte de este cerro pasaba el camino de Oaxaca, por el cual marchaban los imperialistas, detrás de una cadena de pequeñas colinas que les impedía ver lo que estaba pasando en la vecindad de Miahuatlán.

En el acto, el estado mayor y la escolta fueron desplegados en extensa línea de fuego á lo largo del frente del monte, de modo á aparentar fuerzas superiores de las que realmente habían, preparándose para dar batalla. Como á los imperialistas les era imposible ver lo que sucedía detrás de Los Zavaletas, creyeron, como es natural, que el piquete que veían en el cerro estaría fuertemente apoyado por la retaguardia.

Antes de abandonar la ciudad de Miahuatlán, el General Díaz había dado órdenes al General Vicente Ramos de seguirlo con la caballería, fuerte de doscientos jinetes, tan luego como él estuviera listo para marchar; y justamente, en el momento en que Oronoz hacía alto á la vista del monte de Los Zavaletas, Ramos y su caballería aparecían en la cumbre del mismo. Ocultándose en lo accidentado del terreno había logrado llegar á la posición ocupada por el General Díaz, sin haber sido visto por los imperialistas, sino hasta que actualmente se encontraba con el general en la cumbre del monte.

Ya Oronoz había comenzado á descargar su artillería de montaña y á prepararse para la próxima batalla, cuando logró ver á la infantería mexicana, al mando del Coronel González, desfilando á lo largo del camino de Cuixtla, al rededor de la base de uno

nido. Al norte del cerro de Los Zavaletas, en el Campo Santo, se juntaron con la caballería de reserva.

Entretanto, Ramos había unido sus fuerzas con las de González, y el General Díaz, dirigiéndose hacia el sur, penetró por la Barranca de Luchindo, y caminando hacia arriba á paso de mata caballo, también se reunió con su infantería y caballería; las cuales estaban estacionadas sobre un cerro al lado norte de la Cañada de los Nogales. El frente de esta cañada forma un gran semicírculo que domina el lugar donde estaba el enemigo. A lo largo de todo este frente alineó Díaz su infantería, ocultando la caballería detrás del monte.

Conforme se vió que el enemigo avanzaba con la intención de atacar las posiciones de las fuerzas liberales, Díaz ordenó á Ramos que colocara su caballería en un lugar un cuarto de milla hacia el este, y que se dirigiera allí por el lecho de un arroyo de esa vecindad; pues siguiendo dicho camino se evitaba levantar polvo en la marcha, y de consiguiente, que sus movimientos fueran descubiertos. Esta disposición colocaba á la caballería prácticamente en la retaguardia de las fuerzas imperiales, cuando éstas hubieran avanzado sobre las posiciones de los liberales. Todo el plan de batalla había sido dispuesto con la mayor habilidad. Pero la infantería de los liberales estaba escasa de parque, y le era imposible contestar al terrible fuego que le hacían las fuerzas imperialistas, las cuales estaban armadas con rifles modernos. Debemos advertir, que las tropas liberales de infantería, en su precipitada fuga de Miahuatlán, no habían llevado consigo sino el parque más indispensable: para seis cargas. Naturalmente, esta provisión duró poco, y las primeras filas, que eran las que habían sostenido el fuego sobre el enemigo, se vieron obligadas á suspenderlo. Comprendiendo lo que había sucedido, ordenó el General Díaz que la retaguardia pasara al frente, y confundiendo los intencionalmente con los otros, aparentó cierta fuerza que

realmente no existía en la resistencia que hizo al avance de los imperialistas.

A la derecha del enemigo se encontraba la caballería de Ramos oculta en el arroyo, y á la izquierda, al mando del Capitán Rojas, estaban los tiradores liberales ocultos en los maizales. El plan de Díaz era rodear al enemigo completamente y mantenerlo en jaque, hasta que le hubiera sido posible á Ramos llegar con su caballería á un lugar suficientemente adelante del arroyo, que le permitiera atacar al enemigo por la retaguardia. Pero la falta de parque desorganizó por completo este plan; pues la infantería se puede decir que estaba prácticamente á merced de las fuerzas enemigas, y lo peor del caso fué que éstas precipitaron el ataque, el cual se había procurado demorar hasta que las fuerzas de Ramos y Rojas hubieran logrado atacar por ambos flancos al enemigo.

El General Díaz se lanzó adelante con su gente, tomando al principio el camino de la barranca: la caballería imperialista trató de cortar el camino, pero el ímpetu de la caballería liberal los obligó á retroceder; pues dichas fuerzas patriotas se lanzaron sobre ellos, machete y sable en mano, con tal furia, que no les pudieron resistir. La caballería de los imperialistas se vió obligada á retroceder, pasando por las filas de su propia infantería, la cual pusieron, como es natural, en la mayor confusión; confusión que pronto se convirtió en completa derrota, gracias á los ataques de flanco que muy á tiempo hicieron las fuerzas de Rojas y los escuadrones montados de Ramos.

La caballería enemiga, que huía en gran pánico hácia los montes, se lanzó sobre su propia infantería, la cual se desorganizó por completo, de tal modo, que tirando al suelo sus armas, no pensó sino en seguir á los fugitivos. Ramos persiguió á la caballería enemiga por cerca de tres leguas, dejando ésta en su fuga lleno el camino de multitud de muertos y heridos, además de muchas armas y pertrechos de guerra.

El General Oronóz había huído apresuradamente del campo de batalla, acompañado de sus oficiales, la



INDIOS DE LOS CERROS DE OAXACA.

mayor parte de los cuales lograron escapar. Entre los muertos del enemigo se encontraron 9 oficiales, pertenecientes en su mayoría al batallón mexicano al servicio del imperio. El equipo de esta parte del ejército enemigo había quedado en la retaguardia, lo mismo que los caballos, y cuando la caballería de Ramos largó sobre el flanco derecho de las fuerzas imperialistas, el enemigo había avanzado ya algo, con lo cual resultó que el ataque fué sobre la retaguardia de las fuerzas de Oronoz. Esta circunstancia impidió á los oficiales del batallón mexicano acercarse á sus caballos y lograr escapar de sus perseguidores, como lograron hacerlo los que se encontraron en esos momentos en mejores circunstancias. Entre los muertos que tuvo el enemigo estaba el famoso jefe francés de caballería, Coronel Enrique Testard, quien iba al mando de las fuerzas mexicanas; siendo franceses, hay que advertir, todos los oficiales que dichos jefes tenían á sus órdenes.

Los despojos obtenidos en esta batalla fueron de consideración: 1,000 rifles, dos cañones de montaña howitzers y de 40 á 50 mulas cargadas con parque para rifles y cañones. Pero el efecto moral de la victoria fué aún mayor. El hecho de que 700 ú 800 indios mal armados y peor disciplinados, hubieran derrotado en campo raso á las mejores tropas del imperio; tropas casi dos veces mayores en número, y mandadas por jefes distinguidos y experimentados como Oronoz, Testard, Acebal y Trujeque, desalentó por completo á los imperialistas del Estado de Oaxaca. Desde esta fecha en adelante, el nombre de Díaz y de sus victorias estuvieron en boca de todos, hasta que llegó el día, en que el distinguido General marchara triunfalmente por la ciudad de México, el 21 de Junio de 1867.

De conformidad con la ley de 25 de Enero de 1862, los oficiales mexicanos al servicio del imperio, que fueron encontrados culpables de haber desertado de las fuerzas liberales en número de 29, fueron fusilados inmediatamente en el campo de batalla; como

una contestación directa al decreto sanguinario del imperio en que se establecía, que todos los que se encontraran en armas contra el gobierno de Maximiliano, serían considerados como traidores y rebeldes, y de consiguiente, fusilados.

Los imperialistas sufrieron terriblemente en este encuentro; pues dejaron en el campo de batalla 56 muertos, 80 heridos y 312 prisioneros; lo que hacía un total de 448, lo que es más de la tercera parte del número de fuerzas imperialistas que tomaron parte en el encuentro.

Miahuatlán, fué el principio de una serie de brillantes victorias que, en menos de un año, colocaron á Porfirio Díaz á la misma altura de los más distinguidos genios militares que el país había producido durante esa gloriosa epopeya.